

MONARCA

Estaba caminando tranquilamente por el parque, o bueno, lo que era de él. Desde que empezó todo este desastre las calles no son las mismas. Ya no hay árboles, al menos naturales no, los inviernos ahora son cálidos y los veranos mortales, el mar es cada vez más grisáceo al igual que el cielo y las calles son más tristes. Buscaba una papelera para tirar el envoltorio del chicle que me estaba comiendo, pero claro, ya no había ni una. “¿Para qué tener papeleras cuando todo va a acabar en el mar?”, decía un cartel al lado de la carretera, acompañado de señales y direcciones para llegar a la playa más cercana. Me pregunté en qué se había convertido el mundo. Qué había sido de esos años, en los que la gente era feliz, en los que los niños aprendían a cuidar el medio ambiente y se divertían aprendiendo. Ahora nada importaba, puesto que pronto nos trasladarían a todos a Monarca, o lo que era marte antes de que se descubriera que era perfectamente habitable. Pronto la gente con poder viviría en el nuevo planeta, la gente de clase media tendría opción de elegir entre los dos, y los pobres se quedarían con el planeta que tanto tiempo llevamos destruyendo. Yo no era quien para quejarme, puesto que mi estatus social y económico eran altos y sería trasladada a Monarca lo antes posible, pero algo dentro de mí me decía que debía seguir luchando para salvar a la tierra, a pesar de haber visto con mis propios ojos que ya no había salvación. Quedaba poco para el traslado, pero no sentía el supuesto alivio que debería haber sentido. Sentía rabia. Rabia por no haber podido ayudar, y por no poder hacerlo ahora. Rabia por saber que iba a irme de rositas después de haber contribuido a la extinción de mi planeta. Rabia porque, en el fondo, sabía que el nuevo planeta acabaría destruido, puesto que eso hacemos las plagas, destruir. Sentía rabia por...

Mis pensamientos se emborronaron al escuchar una risa. Di media vuelta para ver de dónde venía ese sonido. Vi a un hombre de unos 50 años, sentado en la acera, al lado de un cartel que decía “Una moneda a cambio de un consejo”. El hombre vestía una camiseta desgastada y sucia, con unos pantalones grises rotos, y llevaba una enorme barba blanca junto con un gorro verde. Me acerqué por mera curiosidad, mientras rebuscaba en mi bolsillo intentando encontrar una moneda. Desgraciadamente, hacía muchos años que todo el mundo usaba ApplePay, así que no llevaba efectivo. Estaba de frente al hombre, el cual se reía mientras jugaba con un adorable perro marrón. Le pregunté al hombre que cuál era su nombre, a lo que me contestó “Gunther”. Hablamos durante unos cuantos minutos sobre por qué estaba en la calle y lo triste que era el mundo ahora. “Aquellos malditos empresarios no soportaban mis ideas, querida”, respondió. Tras haber hablado un buen rato, le comenté lo mucho que me gustaría escuchar un consejo de un hombre como él, pero que no llevaba monedas conmigo. “Me has caído bien, así que te lo daré gratis, pero promete que te acordarás” dijo Gunther. Así que me senté, y escuché su consejo. “El mundo solía ser un lugar maravilloso, lleno de plantas, agua y color. Ahora todo es triste, cómo si aquella tierra colorida no hubiera existido jamás. Siempre me arrepentiré de no haber cuidado de ella antes, y de no haber concienciado a la gente para que lo hiciera. Cuida lo que tienes mientras sea tuyo, puesto que nunca sabes cuándo lo perderás, y entonces habrá sido demasiado tarde.” A continuación, Gunther me observó, y supo de inmediato que sería trasladada a Monarca. “Cuídala por mi” dijo con melancolía. En aquel momento me di cuenta de que, yo jamás podría salvar un planeta, y mucho menos evitar la destrucción de otro. Hacía falta valentía, honor y voluntad. Me levanté del suelo, sacudí la mano del hombre y me despedí, pero no sin antes entregarle un papel. Antes de dejar que preguntara lo que era, me alejé, pero me quedé lo suficientemente cerca

cómo para que me escuchara decir: “Cuídela usted, Gunther, y evite una segunda extinción. Hágalo por mí, por usted, y por todos”. Después de pronunciar esas palabras, me fui a casa. Aquel papel cambiaría no solo la vida de ese hombre, si no la de millones de personas. Aquel papel que decía MONARCA.